

CAPÍTULO XXIV

Habia poco que Lucía estaba despierta, y una parte de aquel tiempo le habia empleado en acabar de despabilarse y en separar las espantosas visiones del sueño, de la memoria y de las imágenes de una realidad harto parecida á los deli-



Habia poco que Lucía estaba despierta.

rios de un febricitante. Habíasele ya acercado la vieja, y con voz forzadamente humilde, le dijo :

— ¡ Ah ! ¿ conque has dormido ? Bien podías haber dormido en la cama : ¡ te lo dije tantas veces anoche !

Y no recibiendo contestacion, continuó con tono de súplica rabiosa :

— Es menester que tengas más juicio, y procures tomar un bocado. ¡ Qué desfigurada estás ! Ya se ve, la falta de alimento... ¿ y si cuando vuelve la toma conmigo ?

— No, no, quiero irme; quiero ir á buscar á mi madre: el amo me lo prometió, diciéndome : « mañana, mañana : » ¿ dónde está el amo ?

— Ha salido; pero ha dicho que vuelve pronto, y que hará todo lo que quieras.

— ¿ Lo ha dicho así ? ¿ de cierto ? Pues bien, quiero ir donde está mi madre, al instante...

No bien habia acabado de proferir estas palabras, cuando se oyeron pisadas en la pieza inmediata, y como al momento llamasen á la puerta, preguntó la vieja :

— ¿ Quién es ?

— Abre, — dijo su amo.

La vieja tiró del cerrojo, y el caballero empujando suavemente la puerta, abrió un poquito, mandó á la vieja que saliese, é introdujo á la mujer y á D. Abundo. Cerró luégo la puerta, quedándose fuera, y echó á la vieja á un punto remoto del castillo, así como lo habia hecho con la otra mujer que estaba de guardia.

Todo este movimiento, un instante de espera y la presencia improvisa de personas nuevas causaron no poco sobresalto á Lucía, y á pesar de que su situacion era intolerable, no dejaba de ser para ella un motivo de espanto cualquiera mudanza. Alzando los ojos y viendo á un clérigo y á una mujer, se animó algun tanto; miró con más atencion, y despues de haber dudado un instante si sería D. Abundo, se quedó atónita y con los ojos encandilados al reconocerle. Llegóse á ella la mujer, se reclinó, y mirándola con ternura, le cogió ambas manos como para acariciarla y levantarla al mismo tiempo, y le dijo :

— Venga usted, querida mia, venga usted.

— ¿ Quién es usted ? — preguntó Lucía; y sin aguardar la respuesta, se volvió otra vez á D. Abundo, que estaba de pie á dos pasos de distancia, con una cara igualmente de compasion, y clavando en él de nuevo la vista, exclamó : — ¿ Es usted, señor Cura ? ¿ dónde estamos ? ¡ Desgraciada de mí ! ¿ He perdido el conocimiento ?

— No, no, — contestó D. Abundo; — yo soy; no lo dudes: ámate, que venimos á sacarte de esta casa. Yo soy tu párroco, que expresamente monté á caballo con el fin de...

Lucía, como si en un instante hubiese adquirido todas sus fuerzas, se puso arrebatadamente de pié, y volviendo á fijar la vista en el cura y en la mujer, dijo:

— ¿Conque es la Virgen la que os ha enviado aquí?

— Yo bien lo creo, — respondió la buena mujer.

— ¿Y podemos irnos al instante? ¿es eso cierto? — preguntó Lucía bajando la voz, y con tono de timidez y recelo.

— ¿Y toda aquella gente? — prosiguió como temblando de miedo. — ¿Y aquel señor?... ¿Y aquel hombre?... bien me prometió...

— Aquí está él tambien, — dijo D. Abundo, y ha venido con nosotros para eso; está esperando aquí fuera: vámonos presto, no hagamos aguardar más tiempo á una persona de su clase.

En esto, el mismo caballero empujó la puerta, y entró incorporándose con los demas. Lucía, que poco ántes no sólo deseaba verle, sino que, como no tenía esperanzas en otra persona alguna, hubiera querido que él sólo se presentase, habiendo ahora visto rostros conocidos y oido acentos amigos, no pudo librarse de cierta repugnancia momentánea, y así se estremeció, detuvo el aliento y abrazó á la buena mujer, ocultando la cara en su seno. El mismo caballero, que desde luégo quedó parado al ver aquel rostro, en el cual la noche ántes apenas habia podido fijar la vista, aquel rostro pálido y abatido por las penalidades y la abstinencia, al advertir ahora aquella demostracion de temor, bajó los ojos, quedóse un instante inmóvil y mudo, y contestando á lo que la infeliz no habia dicho:

— ¡Es verdad, — exclamó, — perdóname!

— Viene á libertar á usted: ya no es el mismo; ya es bueno, muy bueno: mire usted cómo le pide perdon, — así iba diciendo la buena mujer al oído de Lucía.

— ¿Qué más puede decir? — prosiguió D. Abundo. —

Vaya, arriba esa cabeza. No seas niña, despáchate para que podamos marcharnos presto.

Con efecto, levantó Lucía la cabeza, miró al caballero, y viéndole humillado, abatido y confuso, movida de un sentimiento en que se reunian la compasion, la gratitud y el gozo, dijo:

— ¡Ah, señor! ¡Dios le pague á su señoría tan buena obra!

— Y á tí mil veces más, — contestó el caballero, — por el consuelo que me proporcionan esas palabras.

Dicho esto, se dirigió á la puerta y salió el primero. Siguióle Lucía, enteramente animada con la mujer que le daba el brazo, y tras de ellos echó á andar D. Abundo. Bajaron todos la escalerilla y llegaron á la puerta que daba al segundo patio. Abrióla el caballero, se llegó á la litera, y con cierta urbanidad casi tímida (dos cosas muy nuevas en él) ayudó á Lucía y á la mujer á entrar en ella. Tomó luégo de las manos del mozo de la litera las riendas de las dos mulas y dió el brazo tambien á D. Abundo, que ya se habia acercado á la suya.

— ¡Oh, tanta bondad! — dijo este montando en su mula con más ligereza que ántes.

Y la comitiva echó á andar en cuanto estuvo pronto tambien el caballero, que con frente más serena habia recobrado ya su acostumbrada actitud de predominio. Los bravos que se encontraban en el camino notaban bien en su rostro señales de que le ocupaban pensamientos graves y cuidados extraordinarios; pero no pasaban más allá; y como no habia llegado todavia á sus oidos la noticia de aquella gran mudanza, era imposible que por conjetura llegasen á adivinarla.

La buena mujer que acompañaba á Lucía, corridas las cortinas de la litera, la cogió de las manos, y empezó á consolarla con palabras de congratulacion y ternura; y viendo que ademas del abatimiento ocasionado por sus pasadas penas, la confusion y oscuridad de los sucesos le impedian experimentar un placer completo por su libertad, le dijo todo lo que creyó más conducente para refrescar su memoria, y desembrollar, digámoslo así, sus ideas; y nombrándole el

pueblo de donde ella era, y adonde iban, Lucía, que estaba impuesta en que no distaba mucho del suyo, exclamó :

— ¡ Ah, María Santísima, cuántas gracias tengo que daros... ¿ Y mi madre?

— La enviaremos á buscar, — contestó la buena mujer, que ignoraba lo que se había dispuesto.

— Sí, sí, Dios os lo pagará. ¿ Y usted quién es ? ¿ cómo ha venido usted aquí ? — preguntó Lucía.

— Me ha enviado nuestro Párroco, — respondió la mujer, — porque á este señor que va con nosotros le ha tocado Dios en el corazón (¡ bendito y alabado sea !), y ha venido á nuestro pueblo á hablar al señor Cardenal-arzobispo, á ese siervo del Señor, que allí le tenemos de visita, y se ha arrepentido de sus grandes pecados, y deseando mudar de vida, le contó al señor Cardenal como había mandado robar á una pobre muchacha, que es usted, por convenio con otro hombre sin temor de Dios, que el señor Cura me ha indicado quién puede ser.

Como al oír esto levantó Lucía los ojos al cielo, prosiguió la mujer de esta manera :

— ¡ Ah ! quizá usted lo sabe. Considerando, pues, el señor Cardenal que tratándose de una muchacha, se necesitaba una mujer para acompañarla, le encargó al señor Cura que la buscara, y el señor Cura por su bondad vino á buscarme á mí...

— ¡ Ah ! ¡ Dios se lo pague á usted ! — interrumpió Lucía.

— Esto no es nada, hija mía, — prosiguió la mujer ; — y el señor Cura me dijo que la animase á usted y la consolase, manifestándole al mismo tiempo cómo el Señor la había salvado á usted milagrosamente.

— ¡ Ah, sí ! milagrosamente por intercesión de la Virgen.

— Buen ánimo, pues, y perdonar al que le ha hecho á usted mal ; y no sólo alegrarse de que Dios haya usado de misericordia con él, sino también pedirle que le asista ; en lo que, además de que tendrá usted mucho mérito, experimentará no poco júbilo.

Contestó Lucía con una mirada que expresaba su asenso, mejor que lo hubiera hecho con palabras, y con una dulzura que las palabras no hubieran podido expresar.

— ¡ Buena muchacha ! — prosiguió la mujer ; — y hallándose justamente vuestro Cura párroco en nuestro pueblo (pues hay tantos, tantos, todos los de las inmediaciones), determinó el señor Cardenal enviarle también á él conmigo, aunque de poco nos ha servido. Ya había yo oído decir que era hombre para poco, y en esta ocasión lo he visto con mis propios ojos.

— Y ese que se ha vuelto bueno, ¿ quién es ? — preguntó Lucía.

— ¿ Cómo ? ¿ no lo sabe usted ? — contestó la mujer, y le nombró.

— ¡ Válgame Dios ! — exclamó Lucía. — ¡ Cuántas veces he oído con horror repetir ese nombre en muchas historias en que hacía el mismo papel que en otras Neron !

Y al pensar que había caído en sus manos, que había estado en su poder, que se veía libre de sus garras, y le encontraba ahora tan convertido, no dejaba de exclamar :

— ¡ Válgame Dios ! ¡ válgame Dios !

— Es verdaderamente un gran beneficio el que el Señor nos ha hecho, — prosiguió diciendo la buena mujer. — Será una felicidad para medio mundo. Da miedo pensar lo aterrizado que tenía á todo el país... Y ahora, según me ha dicho el señor Cura (bien se le ve en la cara), se ha vuelto santo : y ya lo dicen sus obras...

Decir que la buena mujer no tenía gana de saber algo más por menor la aventura en que ella también hacía algún papel, sería no decir la verdad ; pero es necesario confesar para su gloria, que, detenida por la compasión respetuosa con que miraba á Lucía, y penetrada de la gravedad y dignidad de su encargo, no pensó siquiera en hacerle la más mínima pregunta ; y así todas las palabras, durante el camino, sólo se redujeron á animarla, consolarla y manifestarle el mayor interés.

— ¡Sabe Dios — le dijo — cuánto tiempo habrá que usted no ha comido!

— Ni siquiera me acuerdo; seguramente hace tiempo.

— ¡Pobrecilla! tendrá usted necesidad de confortar el estómago.

— Sí, — respondió Lucía con voz débil.

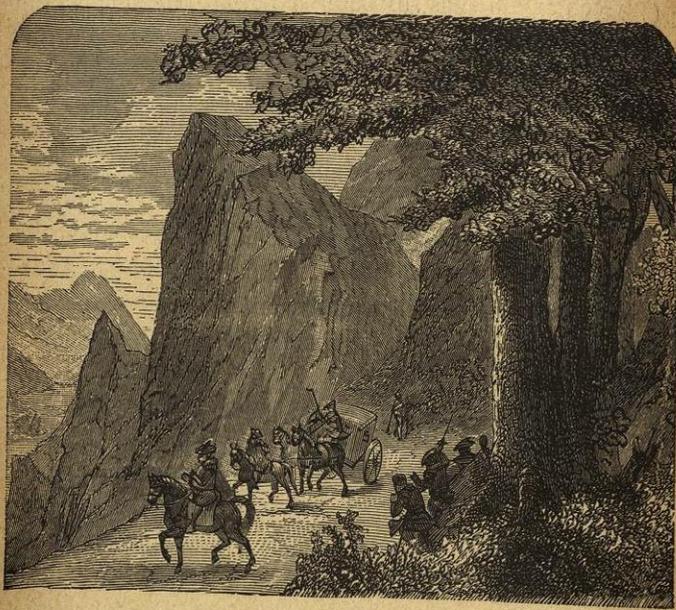
— En mi casa, gracias á Dios, encontraremos al instante alguna cosa. Anímese usted, que ya estamos cerca.

Lucía se recostaba luégo en el fondo de la litera como adormecida, y la buena mujer la dejaba descansar.

Por lo que toca á D. Abundo, la vuelta no era para él tan penosa como la ida; sin embargo, no fué este tampoco un viaje de diversion. Apénas se le pasó el furioso miedo que concibió al principio, empezaron á acometerle otros cuidados, del mismo modo que cuando se arranca de raíz un árbol, queda por algun tiempo desembarazado y limpio el terreno, pero luégo no tarda en llenarse de hierba. Como ya no le preocupaba aquel terror, sentía más las otras cosas, y así no le faltaba, con respecto á lo presente ni á lo porvenir, materia para incomodarse.

Molestábale ahora más que cuando iba la incomodidad de aquel modo de viajar, al cual no estaba muy acostumbrado, especialmente en la bajada del castillo al valle. El mozo de la litera, obedeciendo al caballero, apresuraba la marcha de sus bestias, y como las dos mulas caminaban al mismo paso, sucedía que en ciertos parajes más escabrosos, el pobre D. Abundo, como si le levantasen por detras, iba escurriéndose hácia delante: para sostenerse tenía que apuntalarse con la mano contra la silla; sin embargo, no se atrevía á pedir que anduviesen más despacio, puesto que por otra parte deseaba salir cuanto ántes de aquella tierra. Además, en los puntos en que la senda estaba en una elevacion, ó en un ribazo, la mula, segun la costumbre de todas, andaba siempre, como si lo hiciese con intencion, por la parte de afuera, poniendo los piés en la misma orilla, por manera que D. Abundo veia continuamente debajo de sí un salto, que por

el miedo se le figuraba un precipicio. « ¡Tambien tú, decia en su interior á la bestia, tambien tú tienes el maldito vicio de ir á buscar los peligros cuando hay un camino tan ancho! » y tiraba de la brida con enfado al lado opuesto. Ya los matones no le causaban tanto respeto como ántes, pues sabia el modo de pensar del amo; pero decia allá para su colete: « Si por desgracia llegase á divulgarse, miéntras esta-



Llegaron por fin al pié de la cuesta.

mos aquí, la noticia de esta gran conversion, ¿ quién sabe cómo la entenderia esa canalla? ¿ Quién sabe lo que sucederia? ¿ No podria ocurrirles que yo habia venido de misionero? ¡ Dios me libre! ¡ Me hacian tajadas!... » Tampoco le daba ya cuidado el ceño del señor del castillo: conocia que era preciso para tener á raya á aquellos bribones: « No se necesita ménos, proseguia diciendo, ya me hago cargo; pero

¡ fuerte cosa es que á mí me habia de tocar venir entre ellos !

Llegaron por fin al pié de la cuesta, y cuando Dios quiso, salieron del valle. Serenóse la frente del caballero : el mismo D. Abundo puso una cara más natural, sacó un poco la cabeza de entre los hombros, estiró los brazos y las piernas, se puso tan erguido que parecia otro, respiró con más libertad, y con ánimo más sosegado se puso á reflexionar sobre otros peligros remotos.

« ¿ Qué dirá aquel salvaje de D. Rodrigo ? ; Quedarse con un palmo de narices, cornudo y apaleado ! ; Cuidado si le ha de escocer ! Ahora es cuando se le lleva el diablo de véras. Seria de ver qué la tomase conmigo, porque me han metido en este fregado. Si tuvo valor entonces hasta de enviarme aquellos dos demonios para que me hiciesen en el camino tan mala pasada, ¿ sabe Dios ahora ?... Con su Ilustrísima no podrá pegar : es un bocado demasiado duro para él ; pero entre tanto tendrá el veneno en el cuerpo, y con alguno querrá desahogarse. ¡ Válgame Dios ! ¿ en qué pararán estas misas ? El hilo quiebra siempre por lo más delgado : Lucía, claro está que su Ilustrísima pensará ponerla en salvo : el otro pobre diablo está fuera de su alcance, y ya ha llevado su cuota ; de consiguiente, yo soy la única parte flaca que queda del hilo. ¡ Seria cosa bien dura que, despues de tantas incomodidades y trabajos, sin comerlo ni beberlo, hubiese de pagar el escote ! ¿ Qué hará su Ilustrísima para defenderme despues de haberme sacado á bailar ? ¿ Podrá impedir que aquel malvado haga conmigo una de las suyas ? ; Además, son tantos los asuntos que ocupan á su Ilustrísima ! ; Tiene tantas cosas en la cabeza ! ; Se mete en tantos negocios ! Lo mejor será consultar con Perpétua, y dejar que ella lo arregle todo ; siempre que á su Ilustrísima no se le antoje dar otra campanada, y meterme en nuevos laberintos. Desde luego en cuanto llegamos, si ha salido de la iglesia, iré muy de prisa á ponerme á sus órdenes, y si no estuviese, dejaré mi nombre, y me marcharé á mi casa. Lucía tiene buena pro-

teccion ; á mí para nada me necesita ; además de que, despues de tantos malos ratos, es justo que me vaya á descansar... Pienso ahora que no será extraño que su Ilustrísima entre en curiosidad de saber toda la historia, y salga á la colada lo del matrimonio. ¡ Sólo me falta eso !... ¿ Y si va de visita también á mi parroquia ?... En fin, será lo que Dios fuere servido. No quiero contristarme de antemano, que no son ya pocas las molestias que me abruma. Mientras su Ilustrísima quede por acá, no se atreverá D. Rodrigo á cometer ningun atentado... pero despues... ¡ Ah ! ya preveo que mis últimos dias lo han de ser de amargura. »

Cuando llegaron, no estaban concluidos aún los divinos oficios. La comitiva, despues de pasar por entre las mismas gentes, no ménos conmovidas que la vez primera, se dispersó por fin. El caballero y D. Abundo entraron en una plazuela, en cuyo frente se hallaba la casa del Párroco, y la litera siguió adelante hasta llegar á la de la buena mujer.

Cumplió D. Abundo su palabra, pues apenas apeado, hizo los más expresivos cumplimientos al caballero, suplicándole que le disculpase con su Ilustrísima, porque negocios urgentes le llamaban á su parroquia. Fué á buscar su caballo, es decir, el baston que habia dejado en un ángulo de la sala, y se puso en camino, mientras el caballero se quedó aguardando á que el Cardenal saliese de la iglesia.

La buena mujer, despues de haber dado á Lucía el mejor asiento en su hogar, se puso á preparar la comida, rehusando con cordial rusticidad las demostraciones con que aquella se esforzaba en manifestar su agradecimiento.

Añadiendo con presteza leña al fuego en que estaba dispuesta á hervir en un perol una buena gallina, cortó en una taza rebanadas de pan, y llenándola de sabroso caldo se la presentó á su huésped : y al ver que la pobre iba recobrando vigor, se dió á sí misma el parabien de que este incidente hubiese ocurrido en un dia en que su hogar no estaba desprovisto.

— En todas las casas — dijo — hay *gaudeamus*, hoy, mé-

nos en las de los pobres, que apenas tendrán un pedazo de pan moreno y una escudilla de polenta de maíz; pero áun estos esperan algun socorro de un señor tan caritativo. Nosotros, á Dios gracias, no nos hallamos en tanto apuro: con lo que gana mi marido y con los cuatro terrones se va pasando. Coma usted, pues, con buen ánimo, en tanto que acaba de cocer la gallina, que es alimento de más sustancia.



Se enredaron sus dedos en el rosario.

Y recogida la taza, siguió con sus preparativos, y puso la mesa para la familia.

Confortada Lucía algun tanto, y recobrada con las fuerzas del cuerpo las del espíritu, empezó á aliñarse por hábito y por instinto de aseo y de pudor: arregló su cabello, rehaciendo las trenzas casi sueltas, estiró su pañuelo del cuello, y en estas operaciones se enredaron sus dedos en el rosario que llevaba pendiente. Al mirarlo se agolparon en su fantasía un tropel de encontrados afectos. El recuerdo del voto que hasta

entonces nabian oscurecido mil distintas sensaciones, se le presentó de improviso con todas sus consecuencias. Su ánimo, no bien alentado, quedó de nuevo sobrecogido, y á no haber estado preparada por una vida de inocencia, resignacion y confianza en Dios, la consternacion que se apoderó de ella se hubiera convertido en despecho. Despues de una lucha de pensamientos difícil de expresar, las primeras palabras que salieron de su boca fueron estas: « ¡ Desgraciada de mí! ¿ qué es lo que he hecho? »

No bien hubo prorumpido en tales exclamaciones, cuando se sintió horrorizada. Presentáronsele á la memoria todas las circunstancias del voto, su cruel conflicto, la persuasion de no encontrar socorro en la tierra, el fervor de la súplica y la deliberacion con que hizo su promesa. El arrepentirse despues de conseguida la gracia, le pareció una sacrilega ingratitud hácia Dios y su bendita Madre, y persuadida de que semejante infidelidad le acarrearía nuevas y más terribles desventuras, en medio de las cuales no podría ya tener confianza en sus oraciones, se dió prisa á arrepentirse de aquel momentáneo arrepentimiento. Quitóse del cuello devotamente el rosario, y teniéndole entre sus manos trémulas, confirmó y renovó el voto, pidiendo al mismo tiempo con el mayor fervor que le concedi se la Virgen la fuerza de cumplirlo, y se apartasen de ella los pensamientos y las ocasiones capaces, sino de revocar su resolucion, por lo ménos de atormentarla demasiado.

La ausencia de Lorenzo, y las pocas apariencias de que pudiese volver, y aquella separacion que hasta entonces le habia parecido tan amarga, las tuvo ahora por una disposicion de la Providencia, que reunió para un solo fin ambos acontecimientos, y procuraba hallar en el uno la razon de consolarse del otro. Sin embargo, tras este pensamiento no dejaba de figurarse que la misma Providencia, para coronar la obra, sabria hallar el medio de que Lorenzo se resignase y no pensase más... pero apenas la asaltó semejante idea, volvió á agitarla la lucha de afectos. Convencida de que su corazon

pugnaba por arrepentirse otra vez, volvió de nuevo á las súplicas, á las protestas y á la batalla, de que salió triunfante, como el vencedor cansado y herido se separa de su contrario que yace por tierra.

Oyóse en esto un bullicioso pisoteo acompañado de gritos de alegría. Era la familia menuda que venía de la iglesia, y en efecto entran saltando dos niñas y un niño: se paran un momento mirando con curiosidad á Lucía, y corren luego hácia su madre, agrupándose todos tres al rededor de ella. Uno pregunta quién es aquella jóven, y cómo, y á qué ha venido; otro quiere contar las maravillas que ha visto en la iglesia, no costando poco trabajo á su madre hacerles guardar silencio. Entra en seguida el amo de la casa con paso mesurado y la cordialidad pintada en el rostro. Era (pues aún no lo hemos dicho) el sastre del lugar, y aún de todo el contorno; hombre que sabía leer y habia repasado más de una vez la historia de los doce pares de Francia y varias vidas de santos, por lo cual pasaba entre sus compatriotas por discreto y entendido, lisonja que rehusaba con modestia, diciendo únicamente que habia errado la vocacion, y que si hubiese estudiado, quién sabe adónde hubiera podido llegar. Por lo demas, era de la mejor pasta del mundo. Habiéndose hallado presente cuando el Cura llamó á su esposa para aquella caritativa diligencia, no sólo dió su aprobacion, sino que, á ser preciso, hubiera ayudado con ruegos é instancias, y ahora que la funcion, la pompa y el concurso, y sobre todo el sermón del Cardenal, habian exaltado, como suele decirse, sus buenos sentimientos, volvía á su casa con ansia de saber las resultas del suceso, y de encontrar ya libre á la pobre muchacha.

— Aquí la tienes, — le dijo su mujer al verle entrar, señalando á Lucía, la cual poniéndose colorada, se levantó del asiento y empezó con labio balbuciente á expresar su gratitud.

Pero el buen hombre se acercó á ella con semblante halagüeño, é interrumpiéndola, le dijo:

— ¡Bien venida seas! Por tí viene á esta casa la bendicion del cielo. ¡Cuánto me alegro de verte en ella! No me quedaba duda de que llegarías á buen puesto, porque jamas se ha visto que el Señor haya empezado un milagro sin acabarle. ¡Pobre jóven, Gran gusto tengo en verte aquí! Este es verdaderamente un prodigio.

Y no se crea que fuese el único que por haber leído tantas vidas de santos, calificase de milagro aquel acontecimiento. En todo el lugar y en el contorno de muchas leguas no se habló de él en otros términos miéntras duró su memoria; no siendo á la verdad extraño, en vista de las consecuencias que tuvo, el que las gentes sencillas juzgasen de aquella manera.

Acercóse despues el buen hombre á su mujer, que estaba apartando de la lumbre el perolito, y le preguntó en voz baja:

— ¿Qué tal salió la intentona?

— Muy bien; ya te lo contaré luego.

— Sí, sí, cuando estemos despacio.

Puesta por fin la mesa, tomó el ama de la mano á Lucía, la sentó junto á sí, y cortando un alon de la gallina se lo puso delante. Colocóse al otro lado su marido, y ambos animaban á su abatida y vergonzosa huésped a que comiese sin empaque. Despues de los primeros bocados empezó el sastre á razonar entre las interrupciones de los chicos, que comian en pié al rededor de la mesa, los cuales demasiadas novedades habian visto para hacer el papel de meros oyentes. Describia el padre las solemnes ceremonias, pasaba luego á hablar de la milagrosa conversion; pero lo que más profunda mella habia hecho en su ánimo era el sermón del Cardenal.

— Al ver — decia — á un señor de su clase sentado en el altar como un simple cura...

— ¿Y aquella cosa de oro que tenía en la cabeza? — interrumpió una niña.

— ¿Quieres callar? Al pensar, digo, que un señor de su clase, un varon tan sabio que, segun dicen, ha leído todos los libros que se han impreso, cosa á que ni aún en Milan ha